

Sumario

	Pág.
La Iglesia y la revolución social en América Latina. Monsr. Marcos Mc. Grath, C. S. C.	245
Lo dijo Paulo VI	246
Libros nuevos	248
Orientación moral del cine	254
Anticomunismo interesado (editorial). M. A. E.	255
Iglesia en cambio. Karl Rahner, S. J.	257
Educación católica, ¿por qué? Carlos de la Fuente, S. J.	265
Comentarios	268
Los jesuitas con su nuevo General	270
La opinión de los laicos: comprensión e in-comprensiones de la reforma litúrgica. Renzo Ricciardi	271
Los autores y sus temas. Juan José Coy, S. J.	274
De la vida internacional: El mundo hoy. Juan Miguel Ganuza, S. J.	277
Vida nacional	280
Selecciones de críticas del cine	283
Cambio de rumbo en la demografía francesa	285
¿Un evangelio nuevo? ("El Evangelio según San Mateo", de Pasolini)	291

La Iglesia y la revolución social en América Latina

Por Mons. MARCOS MC GRATH, C.S.C.*

INTRODUCCION: SENTIDO DE "REVOLUCION"

Bárbara Ward, economista católica ampliamente leída, comienza su libro intitulado "The Rich Nations and the Poor Nations" (Las Naciones ricas y las Naciones pobres) con esta afirmación escueta: "Supongo que

* El autor de este artículo es Doctor en Teología del Pontificum Athenaeum Angelicum (Roma). Fue Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago de Chile. Nombrado Obispo auxiliar de Panamá por Su Santidad Juan XXIII en 1960, fue designado Obispo titular de Santiago de Veraguas por Su Santidad Paulo VI a principios de 1964. Es una de las figuras latinoamericanas que más se ha destacado en el Concilio Vaticano II.



REVISTA
VENEZOLANA
DE ORIENTACION

Año 28
Número 276
Junio 1965

DIRECTOR:
Manuel Aguirre Elorriaga, S. J.

JEFE DE REDACCION:
Juan M. Ganuza

REDACTORES:
Antonio Aguirre A.
Alberto Ancizar
Pedro P. Barnola
Mauro Barrenechea
José F. Corta
Hermann González
Ignacio Ibáñez
Víctor Iriarte
José M. Iruretagoyena
Fernando Martínez G.
Federico Muniategui
Pablo Ojer
Alberto Villaverde

DIRECCION Y
ADMINISTRACION:

Apartado 628
Teléfono: 41.57.07
Caracas - Venezuela

Suscripción anual: Bs. 20,00
Extranjero: Bs. 22,50
Número suelto: Bs. 2,00

Impreso en:
EDITORIAL EXCELSIOR, C. A.
Bárcenas a Dolores, 8-A
Teléfono: 42.84.17

todos estamos conscientes de vivir en la edad más catastróficamente revolucionaria que los hombres hayan jamás confrontado." (1)

El Vice-presidente de los Estados Unidos, Hubert Humphrey, quien honró esta reunión con su presencia el año pasado, escribe en un número reciente de la revista "Foreign Affairs": "Aunque la observación de que la América Latina está en el proceso de una revolución política, económica y social se ha convertido en un lugar común, es verdad." (2)

La importante revista chilena "Mensaje", publicada por los Padres Jesuitas, le consagró por completo su número de diciembre de 1962 al tema "Revolución en la América Latina"; y prosiguió con otro número especial, en octubre de 1963, sobre "Reformas revolucionarias en la América Latina". A principios de 1964, la "Civiltá Catolica", publicada en Roma por los Jesuitas, contenía una crítica de estos dos números de "Mensaje" por el Padre Jarlot, quien ponía en duda la prudencia de usar el término "revolución" en un contexto cristiano, señalando que este término está cargado de implicaciones marxistas. No solamente significa rápidos cambios estructurales, afirma el Padre Jarlot, sino también implica violencia y hasta cierto punto odio y guerra de clases. Él preferiría el término "evolución". El señor Humphrey, en su artículo antes mencionado, pregunta lo siguiente: "¿Es apropiado definir la política de la Alianza (para el Progreso) como favorable a la 'revolución' social o debiera evitarse esta palabra a favor de 'evolución' o de alguna otra expresión?" Y él mismo contesta: " 'Evolución', cuidadosamente examinada, resulta un término inadecuado porque implica un cambio inconsciente e inintencional que es lento y gradual. Lo que se necesita es un cambio consciente y rápido en la estructura socio-económica, y este proceso puede ser correcta y precisamente llamado una revolución. Si se emplea no como consigna, sino en su sentido preciso, la política de revolución pacífica, social y económica, caracteriza correctamente la política de Alianza (para el Progreso). No debiéramos dudar de identificarnos con ella en la América Latina, así como lo hizo el mismo Presidente Johnson en su 'guerra a la pobreza' en todo el mundo, cuando declaró recientemente: 'Si una revolución pacífica en estas áreas es imposible, una revolución violenta es inevitable.' " (3)

Debemos reconocer que el término "revolución" es terriblemente ambiguo. Hablamos de revolución industrial; podemos aún hablar de revolución intelectual, científica o religiosa. En política el término "revolución" puede ser usado para describir cualquier cosa, desde un golpe de estado militar, que en efecto nada cambia excepto el nombre en el poder, hasta una revolución de independencia, como las que han experimentado todas las naciones americanas, gracias a las cuales rompieron los lazos de dependencia de poderes extranjeros mientras continuaban desarrollándose dentro de sus acostumbrados esquemas ideológicos y sociales; o una revolución comunista, como la que ahora sufre Cuba, que desarraiga a un pueblo violentamente de sus antiguos ideales y lo empuja dentro de nuevos moldes, ideológicos, económicos y políticos.

El término "revolución" ha sido tan usado y abusado en la América Latina que a un católico en México le puede parecer repulsivo; a un católico en Brasil le puede parecer sin sentido y a un católico en Chile le puede parecer necesario. Para uno sugiere persecución religiosa y opresión política; para el segundo es una simple frase política, la moneda común de todo político, y para el tercero es la descripción, por general que sea, de la aspiración por cambios sociales fundamentales que la gran masa de la población desea ardiente y justamente.

¿Puede usarse el término "revolución" en un sentido cristiano? Depende de quien lo usa y dónde. Los directores de esta reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana (4) han escogido el

(1) Bárbara Ward, "The Rich Nations and the Poor Nations", New York, 1962, pág. 13.

(2) Hubert Humphrey, "U. S. Policy in Latin America", en "Foreign Affairs", July 1964, pág. 590.

(3) Ibid., pág. 591.

(4) Reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana (C.I.C.O.P. - Catholic Interamerican Cooperation Program), celebrada en Chicago del 25 al 29 de enero de 1965.

LO DIJO S. S. PAULO VI

La cristianización del mundo obrero, un problema todavía sin solucionar

Si buscamos los motivos que dan a esta audiencia un significado particular, fácilmente advertiremos que estos motivos son dos: la fiesta del trabajo y la fiesta de San José; más bien es uno solo, el que sugirió hace diez años a nuestro predecesor, de venerada memoria, Pío XII, aunar estos dos títulos, que dan al día primero de mayo el carácter de un día especial de fiesta, para hacer de él, como dijo Pío XII: "Un día de júbilo por el triunfo concreto y progresivo de los ideales cristianos de la gran familia del trabajo." (Dis. y Radio. XVII, 76). Este acto, que pudo parecer a alguien un piadoso artificio, un esfuerzo por atribuir a una celebración profana, más aún, laica en el sentido más radical de la palabra, un cierto reconocimiento tardío y complaciente, revela, sin embargo, como todos lo han notado con satisfacción en el campo católico, un gesto doblemente oportuno: coherente con la tradición del culto cristiano, el cual no solamente por purificar y elevar las fiestas paganas ha absorbido a más de una en su calendario y la ha transformado en sentido cristiano, sino también para obedecer a su genio profundamente teológico y profundamente humano, que descubre en todas las manifestaciones auténticas de la vida un campo siempre posible y casi predispuesto a la economía de la Encarnación, a la penetración de lo divino en lo humano, a la infusión redentora y sublimadora de la gracia.

Y una segunda coherencia, con toda la obra doctrinal y pastoral desarrollada por la Iglesia, especialmente por los papas, por los obispos y maestros católicos, desde un siglo a esta parte, por volver a proporcionar al trabajo una nueva espiritualidad, una animación cristiana. Entonces, el haber hecho coincidir la fiesta del trabajo con la fiesta de San José obrero, que en la escena evangélica, en la misma familia de Cristo, personifica el tipo humano, que Cristo mismo eligió para calificar su posición social: "Hijo de carpintero" (Mat. 13, 55), plantea el grande, enorme y moderno problema de la reconciliación del mundo del trabajo con los valores religiosos y cristianos, y de la consecuente irradiación de dignidad, energías, consuelos, esperanzas, que el Evangelio puede y debe difundir todavía hoy en el trabajo humano; más

término específico de "revolución social" para describir un proceso que no sólo es deseable, sino urgentemente necesario. Los tres conferenciantes previos en este programa han descrito gráficamente los cambios que se están operando en la América Latina. Nosotros quisiéramos señalar por qué no podemos meramente temerles a estos cambios y oponernos a ellos, sino que debemos esforzarnos por descubrir su sentido y por darles su dirección, sin violencia, sin odio, para el beneficio de todos. Los cambios que estamos experimentando son a la vez cuantitativos y cualitativos. Nos aumentan considerablemente nuestra tarea cotidiana de cristianos; la diversifican más y más. No ver esto y, sin embargo, lanzarse con generoso esfuerzo a salvar a la América Latina para Dios o para la democracia, como pudiera haberse hecho hace cincuenta años, es olvidar que hoy día en la América Latina hay una población tres veces más numerosa, la mayoría de la cual vive, piensa y reacciona de una manera muy diferente al acostumbrado molde de hace cincuenta años.

I. — LA IGLESIA Y EL CAMBIO

Quando hablamos de "La Iglesia y la Revolución Social en la América Latina" debemos dividir nuestras consideraciones en dos aspectos: primero, la Iglesia y el cambio social, considerados de manera poco abstracta; y, en segundo lugar, la Iglesia en el seno de los rápidos y profundos cambios que ahora afectan a la sociedad latinoamericana.

Muchos han destacado el hecho de que los católicos debemos desarrollar una teología del cambio progresivo. En los últimos siglos nos hemos dejado caer con frecuencia en una mentalidad de inflexibilidad con respecto a todos los aspectos de nuestra creencia y de nuestra práctica cristiana, que congelaría para siempre en igual permanencia lo que es esencial y lo que es transitorio en nuestra enseñanza y en nuestro culto. La Liturgia ofrece un ejemplo. ¿Qué difícil nos fue superar el obstáculo de la resistencia al uso de la lengua vernácula en la Misa! En la mente de la mayoría de nosotros, el latín en la Liturgia había adquirido una permanencia y necesidad casi igual a la del dogma de la transubstanciación. Todavía en vísperas del Concilio los que hablaban o escribían a favor de introducir la lengua vernácula en la celebración de la Misa eran generalmente considerados como rebeldes irreflexivos que jugaban con el depósito mismo de la fe. Sin embargo, ahora, *post factum*, después de la publicación de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, reconocemos que no sólo el uso del latín sino también el empleo de muchos otros elementos del culto en la Misa (ornamentos, gestos, canto gregoriano, etc.) son adiciones históricas que en su tiempo representaron mejoras en la manera de dramatizar el sacrificio divino y que pueden y deben estar sujetas a cambio en nuestro tiempo y en el futuro, bajo la cuidadosa orientación de la autoridad de la Iglesia, de manera que este sacrificio sea más comprensible y significativo y pueda ser compartido con mayores frutos por los pueblos de nuevas épocas y diferentes culturas.

a) Progreso en la Doctrina:

Aun en lo que se refiere a la doctrina, el Concilio nos ha enseñado a reconocer, esperar y hasta promover cambio progresivo. La doctrina revelada, la Palabra de Dios, el depósito de la fe, esto no cambia. "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." (Marcos, 12, 31) Pero a través de los siglos ha habido, hay ahora y habrá hasta el fin de los tiempos un progreso en nuestra comprensión creciente de esa Palabra. La teología no es una ciencia cerrada, de la cual sólo tendríamos que aprender a repetir sus bien pulidas conclusiones. Es la búsqueda continua de una mejor comprensión de la Palabra de Dios, preservada, transmitida e interpretada por la Iglesia viviente. Ejemplo de ello es el progreso contemporáneo en la comprensión de las Escrituras,

LO DIJO S. S. PAULO VI

aún, casi da por resuelto este problema, aunque, por desgracia, no esté resuelto hoy todavía.

La Iglesia, siempre victoriosa

Este modo de actuar es propio también de la Iglesia creyente, que muchas veces actúa "esperando contra esperanza" (Rom., 4, 18), segura de que el tiempo, los hechos, los hombres, le darán la razón, pues el Espíritu de Dios anticipa a la Iglesia una seguridad profética, que un día será victoriosa, en bien de la Humanidad.

Y no diremos nada, en estos breves momentos, de las muchísimas cosas que se ofrecen a la mente al contemplar este mencionado problema, la relación entre la vida religiosa y el mundo del trabajo. ¿Por qué van a estar separadas entre sí estas expresiones supremas de la vida humana? ¿Por qué tienen que oponerse? ¿Cómo se rompió su alianza, su simbiosis? ¿Qué larga historia, qué diligente análisis nos puede indicar las razones, sus pretextos, sus ruinas? ¿Acaso no fue comprendida a tiempo la transformación psicológica y social que produjo el cambio de los humildes y primitivos utensilios de ayudar en el trabajo del hombre por el empleo de la máquina con sus nuevas y poderosas energías? ¿No se advirtió que surgía una fabulosa esperanza del reino de la tierra que oscurecería y sustituiría la esperanza del reino de los cielos? ¿No se previó que la nueva forma de trabajo despertaría en el trabajador la conciencia de su alienación, es decir, de que no trabajaba para sí, sino para los demás, con instrumentos ajenos, no aislado, sino con otros, y que surgiría en su corazón el ansia de una redención económica y temporal que no le permitiría apreciar la redención moral y espiritual que le ofrecía la fe de Cristo, que no es contraria a la otra, sino su fundamento y corona? ¿Acaso faltó (no ciertamente en los papas) el lenguaje, el coraje para decir al mundo del trabajo, conmovido por sus mismas afirmaciones, cuál era el buen camino de su redención y la necesidad y el deber de no sacrificar por el bienestar económico su capacidad y derecho de elevarse también al nivel de las supremas realidades de la vida, las del alma y las de Dios?

No diremos nada. Por lo demás, son cosas que ahora todos, más o menos, conocen y que sólo os las recordamos hoy y precisamente aquí para que las refresquéis y meditéis a la luz de la fiesta de San José, ejemplo y protector del mundo del trabajo.

(En la audiencia general del 1 de mayo)

LIBROS NUEVOS

PIERRE BIGO, S. J.

"La Doctrine Sociale de l'Eglise. Recherche et dialogue."
Presses Universitaires de France, Paris, 1965, 540 p., 25 F.

El R. P. Pierre Bigo, doctor en economía y, durante largos años, director de la "Action Populaire" en París, ha dedicado lo mejor de sí mismo a la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en el Institut Social de París. La obra voluminosa que acaban de publicar las prestigiosas "Presses Universitaires de France" es la síntesis de esta larga trayectoria docente. Es un poco también como un testamento porque, al terminarla, el Padre Bigo ha dado vuelta a una página de su vida. Hoy día su apostolado social lo está desarrollando en América Latina, entre Bogotá y Santiago, lo cual explica su propia promesa (pág. 3): "Los problemas del subdesarrollo no han sido directamente tratados. Llamado a conocerlos experimentalmente en América Latina, los abordaremos quizás algún día sobre las bases aquí propuestas." ¡Ojalá!

Tal cual, aun sin referencia directa a nuestras situaciones específicas, el libro del P. Bigo es, para Latinoamérica, una mina de enseñanza valiosísima. Entre nosotros, la doctrina social de la Iglesia es poco conocida. Fuera del ámbito católico, no se tiene de ella sino una vaga noción caricaturesca, deformada por la incultura o el prejuicio. Hay que confesar, por lo demás, que los libritos corrientes en la materia no superan un nivel elementalmente catequístico que no se presta a una iniciación auténticamente intelectual. Lo cual a su vez explica que, aun entre católicos, la información no es siempre superior. Fuera de algunos lemas gruesos hasta la falsedad, apenas si conocen los documentos pontificios. El libro del Padre Bigo, que, gracias a Dios, ya se está traduciendo, viene a quitar toda justificación a la ignorancia. Destruyendo "El mito de una moral encadenada a categorías mentales sin flexibilidad y por ende sin capacidad de progreso", permitirá "separar opiniones ligeras e interpretación serena de la doctrina" y "disipar ciertos prejuicios que se venden por el pensamiento tradicional".

El subtítulo "Investigación y Diálogo" revela claramente la intención del autor. Aunque se inscribe en la tradición de los grandes maestros europeos —von Nell-Breuning, Villain, Uie, Glorieux, Messner, Höfner, Calvez—, su obra

gracias a la aplicación controlada de las múltiples ciencias lingüísticas, arqueológicas e históricas desarrolladas desde el siglo XIX, que son como instrumentos para penetrar cada vez más profundamente en el sentido, más pleno y más preciso, de la Palabra revelada y de la vida de la Iglesia apostólica, en el seno de la cual esta Palabra recibió su primera y su más significativa forma externa.

Es perfectamente razonable que en nuestra apreciación progresiva del sentido más pleno de la revelación, tanto en ella misma como en su aplicación a las circunstancias siempre nuevas de la vida humana, haya opiniones e interpretaciones divergentes. Pero sólo la Iglesia infalible, a través de su autoridad papal o conciliar o de su enseñanza y creencia universales, puede imponernos una interpretación única de la doctrina revelada. Hasta que esto sucede, ninguna escuela de opinión teológica, por numerosos que sean sus exponentes, es equivalente a la doctrina. Además, aun cuando una interpretación doctrinal se convierte para nosotros en parte integral de la misma doctrina, a través de la enseñanza infalible de la Iglesia, esto no encierra la doctrina ni termina nuestra búsqueda intelectual y el progreso con respecto a ella, sino que, generalmente, abre toda una serie de nuevas perspectivas que deben ser exploradas para una comprensión complementaria más rica. En marzo del año pasado, cuando tuve el privilegio de una audiencia privada con el Santo Padre, él se refirió con simplicidad y sentimiento a un progreso notable en nuestra comprensión de la doctrina revelada. "¡No es acaso maravilloso, dijo, que después de veinte siglos la Iglesia llega ahora a definirse a sí misma!" Verdaderamente, el progreso realizado en nuestro propio tiempo en cuanto a la penetración teológica de la vida íntima de la Iglesia y de su significación para el mundo es un testimonio vivo del Espíritu Santo, activo en el enriquecimiento progresivo de nuestra fe católica. Estas observaciones sobre un enfoque dinámico y progresivo de la comprensión de la revelación tienen incidencia, también, en nuestro enfoque del cambio social.

b) Sentido de la Historia:

Muchos católicos, atados a una exagerada inflexibilidad en todas las cosas que se refieren a la enseñanza y la práctica de la Iglesia, proyectan inconscientemente esta actitud, convirtiéndola en oposición o, por lo menos, en sospecha de todo cambio en el campo social. Esto es irónico en nuestra época, que se caracteriza por cambios tan rápidos en todos los ámbitos de la ciencia, la tecnología y las relaciones humanas. Y esto es, sobre todo, irónico en una época en la que la búsqueda de la significación del progreso, del sentido y de la interpretación de la historia es tan fundamental para el pensamiento moderno. Decir que nosotros los católicos necesitamos una teología del cambio progresivo significa también y, quién sabe, por encima de todo, que nosotros necesitamos una vez más una teología de la historia, un sentido dinámico de la historia, que es nuestra herencia fundamental y a la cual hemos renunciado con demasiada frecuencia y demasiado inconscientemente.

Fue la revelación bíblica, centrada en el hecho de la Resurrección de Cristo, la que introdujo en nuestro mundo el sentido dinámico y progresivo de la historia, es decir, el sentido de una marcha de avance hacia la felicidad para todos, que domina nuestro mundo occidental y que proyecta la "doctrina del progreso" a través del mundo entero. Y, sin embargo, con frecuencia en los últimos siglos, nosotros nos hemos retraído, limitándonos a un esfuerzo tranquilo y estático por construir nuestra vida cristiana sobre esta tierra y en nuestro tiempo, con poca o ninguna referencia real a lo que ha sucedido en el pasado o al futuro que nuestras vidas y nuestras acciones deben preparar.

Felizmente para nosotros, el moderno movimiento bíblico, patrístico y litúrgico en la Iglesia ha centrado una vez más nuestra fe y su expresión teológica dentro del contexto de la historia de la salvación. Una vez más, la Revelación es para nosotros, tal como lo es en la Biblia y lo fue para los primeros Padres de la Iglesia, la historia del trato de

LIBROS NUEVOS

DOVILLA, SUS TRAJES POR MUCHAS RAZONES. - TORRE SUR, 10 - EL SILENCIO - TELF. 41.47.91

Dios con el hombre: desde la creación hasta la Parusía prometida, es decir, hasta el regreso del Señor, cuando nuevos cielos y una nueva tierra consumarán la obra de Dios en la humanidad a través de los siglos y los siglos. La Palabra de Dios, hecha hombre, quien murió y resucitó para que podamos levantarnos con Él, ahora del pecado y finalmente en la gloria, es la llave del sentido cristiano de la historia. Toda la historia es ahora la incorporación progresiva de todos los hombres a la vida divina por Cristo, quien tomó nuestra naturaleza y la purificó de su pecado de manera que "a cuantos le recibieron dióles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre" (Juan, I, 12). Esta redención no se realiza en abstracto, sino que debe desenvolverse en las condiciones de nuestra existencia terrestre y de nuestra vida social en común durante el período de tiempo que nos ha sido otorgado a cada uno en el progreso hacia la eternidad. Dios, quien nos redime por su Palabra, también nos creó a nosotros y a todo lo que existe por su misma Palabra, puesto que dice San Juan (I, 3): "Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho." Desde el comienzo, como se afirma de manera tan gráfica en los primeros capítulos del libro del Génesis, al hombre se le encargó toda la creación material en nombre de Dios, para que poblara la tierra y la llegara a sujetar (Génesis, I, 28).

Nada encaja tan bien en el concepto bíblico de las cosas como el formidable progreso que el hombre está realizando en nuestro tiempo hacia una más completa dominación de la creación de Dios. "La gloria de Dios, decía Pascal, es la glorificación del hombre." Esto es verdad dentro del contexto de la creación. No implica una concepción antropocéntrica de la vida, interpretando a Dios en términos humanos. Significa, más bien, que en realidad es la voluntad revelada de Dios que todo el universo le esté sujeto al hombre, para su gloria y vida, él que está hecho a imagen y semejanza de Dios "en loor de la gloria divina".

c) Sentido cristiano del Progreso:

Las anteriores no son y no deben ser simples tesis teológicas abstractas. Douglas Hyde ha destacado con frecuencia lo importante que es para los comunistas transmitir, aun a los más ignorantes de los que catequizan, el sentido marxista de la historia: la necesaria lucha de clases que terminará inexorablemente en una sociedad sin clases, de justicia e igualdad para todos. Si esta versión, amputada y materializada, de la esperanza cristiana ha impulsado exitosamente a dirigentes comunistas autóctonos de todos los rincones del globo hacia sorprendentes alturas de sacrificio y de devoción, ¡cuánto más no puede hacerlo el mensaje completo de esperanza! No hay nada bueno y de santo en las promesas marxistas que no esté mejor expresado en esa actitud cristiana hacia el mundo que el Segundo Concilio del Vaticano está estudiando ahora en su proyectada Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Moderno. Nosotros, también, deseamos y trabajamos en favor de una expansión de todos los medios materiales de producción y de bienestar, de manera que en nuestro siglo, por primera vez en la historia escrita, todos los hombres tengan acceso a un nivel material de vida y a una educación que los libere de la esclavitud de la necesidad corporal y de la triste, casi animal, oscuridad de una vida sin conocimiento, sin cultura, sin gozo, sin belleza y sin amor. Pero, al hacer esto, miramos más allá del progreso material hacia el progreso del hombre. Los comunistas han tergiversado el mensaje del Génesis de tal manera que han esclavizado al hombre a la materia una vez más, bajo el pretexto de una mayor producción material para satisfacer las necesidades de la humanidad. El auténtico mensaje bíblico sujeta la materia al espíritu, el resto de la creación al hombre y el hombre a Dios. Christopher Dawson escribió una vez que todo progreso consiste en la continua espiritualización de lo material y en la continua divinización de lo espiritual. No miramos a la humanidad como una masa, ni simplemente como tantas manos que pueden trabajar o tantas bocas que deben ser alimentadas, sino como una sociedad compuesta de distintas personas

"no añade simplemente una síntesis a otras síntesis calificadas". Escapando a una "codificación de puros principios impermeable a las lecciones de la historia sin vida propia y sin osmosis con la vida exterior, su "investigación" lo lleva mucho más allá de los textos que se comentan. Vuelve hasta las fuentes más lejanas: no sólo las encíclicas o Santo Tomás de Aquino, sino los Profetas, el Evangelio y los Padres de la Iglesia (primera parte). También devuelve la doctrina social a su contexto teológico global: la doble inserción de la fe en la vida social, en la evangelización y en la civilización (segunda parte).

Su "diálogo" no sólo lo enfrenta a las grandes corrientes del mundo contemporáneo: el capitalismo y la socialización, ambas exarcebadas en sus ideologías correlativas: el liberalismo y el socialismo (tercera parte), sino que lo lleva a plantear sus "cuestiones cruciales" sobre "la búsqueda de un modelo", "las dimensiones de la justicia", "la propiedad privada", "el papel del Estado" y "los cuerpos intermedios" (cuarta parte), "ordenándolas según las dos grandes interrogantes introducidas en la economía política por el propio Karl Marx: la del intercambio y del valor y la de la empresa y del capital" (pág. 2).

Esta apertura, sin embargo, no lo distrae de la esencia irreductiblemente original del pensamiento cristiano. La estructura de las partes proplamente expositivas (quinta, sexta y séptima partes), sobre "la participación pasiva en los recursos, "la participación activa" en las decisiones y los obstáculos a la participación y los conflictos consiguientes, lo revela con toda claridad: está construida en torno al concepto modular de la libertad como auto-realización y, por lo tanto, desarrollada sobre la "crux" vertebral de los principios fundamentales de la solidaridad y de la subsidiaridad.

"Concebida así, no como una cultura del espíritu, sino como un proyecto, la doctrina social toma todo su significado. Está destinada por su naturaleza a modelar estructuras y comportamientos sociales. En este sentido constituye un pensamiento comprometido.... La lectura de los documentos (eclesíasticos) es tímida si no se siente vibrar en ellos la indignación profética y la caridad evangélica que les comunican su dinamismo y su audacia... Pero para mostrar su poder de innovación se debe tener a la vista el conjunto de los objetivos por alcanzar y de las acciones por emprender. Ojalá todo hombre sincero pueda reconocer, por esta visión global, que, en

efecto, si se adoptaran estos objetivos y se cumplieran estas acciones, una sociedad más justa y más libre se instauraría, desprendida de las iniquidades y de las servidumbres que amenazan a la humanidad en sus realizaciones actuales" (p. 1-2)⁵

Roger Vekemans

J. ORDOÑEZ MARQUEZ

"Oración y vida del laicado actual". Ediciones FAX, Madrid, 1964.

Hubiera sido más exacto dedicar este libro a los laicos dirigentes, a los apóstoles seculares. Sabemos que todo cristiano está llamado al apostolado por vocación divina, pero la experiencia nos dice que todavía es lícito hablar de unos apóstoles seculares. A estos pocos está orientado el libro. Es un acierto la continua incitación al trabajo. En todas las meditaciones sale, y con letra bien negra y distinta, la palabra ACTUAR. Por si fuera poco, al final se habla de un compromiso de acción apostólica. Para todos aquellos que fácilmente se resguardan bajo mil pretextos, en definitiva bajo capa de pereza: "Si caigo en el error de hacerme pladosamente irresponsable de cuanto en el mundo me rodea, sólo lograría hacer mi vida espantosamente cobarde y estéril ante Dios."

Junto a esta preocupación por la acción, puesto que ser cristiano significa hacer la voluntad de Dios y no rezar muchas oraciones, el empeño por reflejar el Evangelio, no los detalles, sino el pensamiento nuclear, el nervio ideológico vital que Jesús quiso traer a la tierra, esa buena nueva de la que tan necesitados andamos y que no pocas veces se trata de ocultar bajo mil prescripciones "farisaicas". A quienes deseen vivir a ritmo de Concilio se les puede recomendar calurosamente este libro de buenos pensamientos.

J. M. I.

IVES M. J. CONGAR

"Chrétiens en dialogue" (cristianos en diálogo). Contribuciones católicas al Ecumenismo. Colección "Unam Sanctam". Edit. Du Cerf, París, 1964.

El P. Congar es una de las cumbres señeras de la teología católica en la actualidad, que se destaca particularmente en el campo de la eclesiología. La Iglesia y el Concilio le deben mucho y no pueden menos de agradecerse. Pasma la lista de obras teológicas del P. Congar, escritas muchas de ellas entre sudor y lágrimas. El P. Congar es también uno de los patriarcas del Ecumenismo, especialmente del que se

humanas, por innumerables que sean, cada una de las cuales ama y es amada por hombres en el amor de Dios. Pero, para amar, el hombre tiene que comer, tiene que trabajar, tiene que aprender, tiene que ser cada día más humano, lo que quiere decir más espiritual, a través de su libre control sobre la naturaleza material. No ya mortales, los hombres "serán como ángeles en el cielo" (Mateo, XXII, 30), decía el Señor, y en un sentido verídico, que requiere cuidadosa definición, este proceso de espiritualización fundamental de nuestra larga preparación individual y colectiva para la vida eterna.

El que no haya relación necesaria entre una mayor cultura y una mayor santidad es un hecho que hiere los ojos; pero el que deba haberla es un principio que debemos proclamar y que está claramente atestado por la vida de la mayoría de los santos canonizados de la Iglesia.

II. — EL CONCILIO Y EL CAMBIO EN EL MUNDO MODERNO

Mucho de lo que hemos expuesto hasta ahora se aplica no solamente a la América Latina, sino también al mundo entero en el que vivimos hoy día. Describe, en cuanto a lo fundamental, el significado del Segundo Concilio del Vaticano, tal que este significado se ha desenvuelto gradualmente.

Pocas personas hubieran podido describir este significado hace cinco años, cuando el Concilio fue anunciado, ni aun hace dos años y medio, cuando comenzó. Los Obispos que se reunieron en Roma para la primera sesión, en octubre de 1962, se encontraron con una enorme cantidad de material en la forma de más de setenta proyectos de Constituciones, que abarcaban todos los aspectos concebibles de la vida de la Iglesia. El Papa Juan XXIII indicó claramente en su homilía en la Misa de apertura que los obispos no se habían reunido para repetir viejas doctrinas o para condenar nuevos errores, sino para dirigirle un mensaje cristiano al mundo moderno. Habló de *aggiornamento*, de poner al día la acción de la Iglesia en un mundo cambiante. Este debía ser un Concilio pastoral. Algunos consideraron que esto significaba un Concilio no-doctrinal, ocupado exclusivamente con medidas prácticas fácilmente concebidas y fácilmente decretadas. Pero después de dos meses de arduo debate, esta noción fue efectivamente corregida. Si en todos los tiempos la acción pastoral debe derivar de una clara comprensión doctrinal de sus metas, así debe ser ahora más que nunca. Orador tras orador describió cómo la liturgia se había tornado en algo extraño para nuestro pueblo, desprovista para muchos de significación doctrinal y de participación personal; cómo la viva voz de la escritura y de la tradición, es decir, la Palabra de Dios se había tornado también para muchos en algo extraño; cómo el pensamiento moderno se encontraba completamente dominado por los medios secularizados de comunicación marxista; cómo le eran extraños a la Iglesia tantos de los factores y de las fuerzas predominantes en el trabajo de construcción de una nueva civilización mundial, cuya aurora ya despuntaba.

Fue esta realización progresiva que suscitó tres discursos cruciales en el seno del Concilio —pronunciados por el Cardenal Suenens, el Cardenal Lercaro y el entonces Cardenal Montini, ahora nuestro Santo Padre Paulo VI— que concurren en concentrar la atención del Concilio sobre la Iglesia, considerada primero en sí misma y luego en su misión en el mundo. Desde ese momento, el Concilio se ha desarrollado sobre estos dos axis, expresados en las dos Constituciones sobre la Iglesia y sobre la Iglesia en el Mundo Moderno, a las cuales, después de la introducción a todo el tema a través de la fecunda discusión referente a la Liturgia, todas las otras Constituciones y declaraciones del Concilio se relacionan como aspectos particulares.

Esta concepción no se dio solamente en el Concilio. Se cristalizó tras generaciones de esfuerzo concentrado, iniciado por las encíclicas sociales del Papa León XIII, desarrollado a través de la orientación

doctrinal y pastoral de los grandes pontífices modernos, particularmente en sus encíclicas, por medio del movimiento litúrgico y del movimiento bíblico, del conato de renovación de la vida religiosa, de la formulación gradual de la doctrina social de la Iglesia para nuestra época, de la creciente conciencia de la Iglesia, tan vitalmente cultivada en la encíclica del Papa Pío XII sobre el Cuerpo Místico, del estimulante impulso del mismo Pontífice y de su venerado sucesor en favor de una conciencia mundial entre los católicos, en cuanto a las misiones, en cuanto a la ayuda a África, a la América Latina, en todas las formas de la acción internacional.

Todo esto se cristalizó en el Concilio —en las mentes y por la voz de obispos llenos de celo apostólico, que trajeron a Roma su preocupación por la Iglesia en el Congo, en Vietnam, en Europa, espiritualmente desgarrada por el odio de dos guerras horribles, en América del Norte y del Sur.

El proceso no ha terminado. Comenzó antes del Concilio. Se está cristalizando en el Concilio, que será nuestro guía doctrinal y pastoral por generaciones, quién sabe por siglos venideros. Continuará después del Concilio, dependiendo de lo que ustedes y yo haremos para hacer del Concilio algo real. Está llevándose a cabo aquí, ahora, en esta segunda reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana.

a) La Iglesia y la revolución social en la América Latina:

Cuando hablamos de la Iglesia y la Revolución Social en la América Latina hablamos de la Iglesia en el mundo moderno, en esa parte del mundo donde se encuentra la tercera parte de sus miembros, con frecuencia agitados y confundidos por el cambio que presencian cada día. En los próximos años las reuniones del Programa Católico de Cooperación Interamericana enfocarán más directamente las preocupaciones religiosas de la Iglesia en la América Latina, considerando la Iglesia en sí misma, en su fe y en su culto, en su vida misteriosa en Dios. Este año estamos discutiendo la Iglesia en el orden temporal de Latinoamérica, en su significado para ese mundo ahora y en el futuro.

Para llevar a cabo esta discusión es evidente que debemos hablar de *aggiornamento*, de adaptaciones, de poner al día la acción de la Iglesia a través de todos sus miembros en América Latina. Pero es igualmente evidente que esto no puede reducirse a señalar de manera pragmática soluciones fáciles e inmediatas. Estamos llamados a repensar la naturaleza misma y la misión de la Iglesia, tal que Cristo la proclamó, so pena de falsificar Sus intenciones inconscientemente, y a repensar también la realización vital de esta misión en circunstancias tan cambiadas y cambiantes. Esto era obvio para algunos antes del Concilio; y ellos fueron en parte responsables, con sus hermanos de igual mentalidad, de África, Asia, Norte-América, Europa y el mundo, bajo el espíritu orientador de los Papas, por la clara dirección que tomó el Concilio. Ahora, después de tres sesiones del Concilio, es obvio para todos.

Nuestra tarea es estudiar y hacer efectivo el papel de la Iglesia en la revolución social que afecta ahora a la América Latina. ¿Cómo hacerlo?

En primer lugar, no debemos cerrar los ojos al cambio que se está realizando. Hacer esto y pretender que la Iglesia puede llevar a cabo sus tareas pastorales de la misma manera que lo ha hecho durante los primeros cuatro siglos de Cristianismo en esta área del globo, es descuidar la misión misma de la Iglesia, que consiste en prolongar la enseñanza y la encarnación de la Palabra en las diferentes y cambiantes circunstancias de tiempo y lugar.

En segundo lugar debemos estudiar los datos del cambio. La teología de la historia; la historia de nuestra salvación, exige un conocimiento íntimo de los hechos de la historia, tanto divina como humana, la voluntad expresa de Dios y el estado actual de la humanidad. Un sólido

LIBROS NUEVOS

llama "Ecumenismo técnico". En este grueso volumen de 756 páginas el P. Congar ha reunido una serie de estudios y conferencias sobre el movimiento ecuménico, que hoy día, como confiesa él mismo llana y humildemente, han sido superados ya y rebasados, pero que no dejan de ser las formidables bases sobre las que se ha construido el nuevo edificio. Impresionan la claridad, la santa audacia, la caridad, la apertura, realmente geniales, de estos escritos que un día no muy lejano parecieron atrevidos. Precede a la obra un preciso prefacio, para mí lo mejor de la obra, en el que el P. Congar, en 64 densas páginas autobiográficas, examina su vocación ecumenista situándola en el contexto histórico de este fenómeno espiritual provocado por el Espíritu Santo dentro del cristianismo.

"Durante estos últimos años, confiesa, mi servicio ecuménico ha sido mediocre. He sido acaparado por miles de cosas, sin echarlo mucho de menos. Se ha reforzado mi convicción inicial de que el principal trabajo que hay que realizar es el de una renovación interna a la vez eclesiológica, antropológica, pastoral... Tantos y tantos esfuerzos realizados en este sentido se ven coronados ahora por el Concilio. A la teología uno cada vez más la historia. Yo estoy efectivamente convencido de que muchas de las insuficiencias de nuestra eclesiológica concreta no podrán ser vistas y superadas, y que muchos de los puntos actuales de bloqueo no serán rebasados sino a la luz de un estudio histórico de las situaciones, doctrinas y maneras de hacer convertidas en hábitos en los demás y en nosotros. Así, participando como mejor he podido en la actividad ecuménica, en la vida de la Iglesia y en el movimiento de las ideas, considero poder contemplar mi servicio durante estos diez últimos años."

Destaquemos entre lo mucho bueno del libro la introducción sobre "el diálogo, ley del trabajo ecuménico, estructura de la inteligencia humana", el movimiento ecuménico (simple esbozo), el magnífico estudio sobre el anglicanismo y el de María y la Iglesia en el protestantismo.

Libro "fuente", de esos que le satisfacen a uno y le enseñan la verdadera sabiduría.

J. M. G.

RICARDO ALBERDI

"¿A dónde va el comunismo?"
El conflicto chino-soviético.
Editorial Cronos, Bilbao, España, 1965.

Un folleto bien editado. Primera muestra, para nosotros, de una colección que el presente librito

hace apetitosa. Ricardo Alberdi es un sacerdote muy adentrado en el campo de la sociología y muy cerca del pueblo. Y para el pueblo, para el mundo obrero, ha compuesto este librito en el que clara, sabia y oportunamente nos proyecta, como en pantalla de cine, el conflicto ideológico e histórico entre los dos grandes poderes comunistas. Tema vital, de actualidad y muy bien estudiado y presentado. El autor ha querido prescindir de todo aparato crítico y apenas menciona ninguna de sus lecturas. Lo hace por razones pedagógicas. Yo, y posiblemente muchos lectores conmigo, lo siento, pues el tema es de tanta importancia que hay que evitar aun la apariencia de que no está suficientemente documentado. Me gusta especialmente el epílogo que el autor titula "perspectivas" y en el que muy finamente se destacan, sin mencionarlos expresamente, los valores humanos y democráticos que pisotea el comunismo. Mal puede estar el paraíso del hombre en un régimen y en una doctrina que no garantiza, ni en esperanza, sus derechos fundamentales.

J. M. G.

GEORG SIEGMUND

"Ser o no ser: el problema del suicidio." Editorial Razón y Fe, Zurbano, 80, Madrid, 1964.

Una obra más, pero muy buena, de la Colección "Psicología-Medicina-Pastoral", dirigida por el P. Pedro Meseguer, S. J. El suicidio es hoy una plaga social, y el cansancio de la existencia que acaba con el fatal desenlace asciende extrañamente hasta niveles incomprensibles en países de un gran nivel socio-económico. Los hombres que tienen religión se suicidan menos que los irreligiosos, los católicos menos que los protestantes, y no son los pobres y los ancianos quienes más recurren a ese procedimiento expeditivo de librarse de las penas de la vida. Buen estudio el de la filosofía del suicidio desde la lejana antigüedad hasta las corrientes existencialistas y paganizantes de hoy, de Platón a Camus, corroborado por una serie de hechos, que podríamos llamar "muestras", y la elocuencia fría pero impresionante de las estadísticas. Es particularmente interesante el estudio sobre el suicidio en la época del romanticismo y, sobre todo, a partir de la obra de Goethe "Werther".

El suicidio en Venezuela tiene características especiales. La ausencia de hogar, la inseguridad económica, el alcohol y una desequilibrada saturación sexual hacen numerosos los suicidios por

LIBROS NUEVOS

pensamiento religioso sobre la revolución social en la América Latina requiere un diálogo continuo entre nuestros teólogos y los más competentes peritos en todas las ciencias humanas, filósofos y literatos, tanto como historiadores, economistas, sociólogos y especialistas de ciencia política. Hay momentos en que nada les puede ser tan dañino a los hombres y a la Iglesia como una verdad doctrinal expresada sin referencia al contexto, real y circunstancial, del hombre y de su tiempo; o, lo que es peor, expresada desde un punto de vista correspondiente a una edad y a una circunstancia hace mucho superadas.

Por ello debemos estimular la organización y la operación de centros de investigación socio-económica seria en relación con las circunstancias de la vida y la obra de la Iglesia. Muchos de estos centros existen ya en la América Latina, allí mismo donde deben funcionar. Pero deben ser desarrollados y otros más establecidos. Deben ser financiados e integrados por personal capacitado, aun a costa de construir menos iglesias, escuelas u otras instituciones. Trabajaremos mejor en todas estas áreas cuando veamos mejor lo que debemos hacer. La investigación social debe estar íntimamente relacionada al pensamiento teológico para proyectar la iluminación de la Palabra Divina sobre la misión de la Iglesia aquí y ahora. Esto también se está haciendo y debe ser estimulado.

Esta visión de la Iglesia en el mundo moderno debe ser impartida, a nuestro clero, a nuestros religiosos, a nuestros laicos, desde el púlpito, en congresos, grandes y pequeños, en clases, en institutos pastorales especializados, como los que funcionan actualmente en varias naciones de la América Latina.

La Iglesia, a través de sus miembros, debe participar más conscientemente en las corrientes efectivas de la vida latinoamericana, fuentes y dinamos de su revolución presente: sobre todo, las Universidades, tan descuidadas por nosotros (fuera de nuestras propias Universidades católicas) y tan intensamente cultivadas por los comunistas, puesto que es en las Universidades que el futuro de la América Latina se está preparando en pensamiento y en la formación de los dirigentes que serán los principales artesanos del futuro; nuestros dirigentes católicos deben actuar en los sindicatos, en los movimientos agrícolas, cooperativas u otros, en todas las formas de orientación educacional, matrimonial y familiar, en los medios de comunicación masiva, como también en política.

¿Queremos decir con esto que nada se ha hecho ya en este sentido? Por lo contrario, mucho se ha hecho y se está haciendo; pero mucho más queda por hacer. No debemos interrumpir ni disminuir esta acción, pero debemos, como la Iglesia entera lo está haciendo en el Concilio y como Su Santidad Paulo VI nos estimula a hacerlo, por ejemplo, en su encíclica *Ecclesiam suam*, hacer una pausa para pensarla desde sus fundaciones y continuar haciéndolo en los años venideros. Como lo dijo de manera tan apropiada el Obispo Wright al introducir parte del texto de la Constitución sobre la Iglesia y el Mundo Moderno al seno del Concilio: "Este texto no es la última palabra, sino la primera en un nuevo diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno." Nuestras palabras en esta reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana son parte de este diálogo continuo.

b) Actitudes católicas hacia la revolución social en la América Latina:

He hablado de lo que debemos hacer para estudiar nuestra situación de una manera continuada. Pero, evidentemente, mucho ya se ha estudiado y meditado. ¿Qué conclusiones sacar de ello?

En primer lugar, la rápida evolución de la América Latina a partir de sus estructuras feudales o semi-feudales —proceso comparable al que ocurre en Europa, el salvo que allí tomó lugar está sucediendo en Latinoamérica en el curso de nuestras vidas, combinado con la transformación de cultura y de valores producida por la ciencia, la tecno-

EN ROPA HECHA PARA CABALLEROS. — ESQUINA DE LAS GRADILLAS. — TELEF. 81-59-87

logía y los medios modernos de comunicación masiva y con la tremenda presión generada por la férvida expansión de nuestra población—, todo esto ha transformado la pobreza en miseria para millones y millones de hombres, ha desarticulado la sociedad de tal manera que existe poco sentido de seguridad para estos millones y para muchos más, que ya no se integran al antiguo sistema paternalista de haciendas de familias reconocidas. Ha suscitado un sentimiento de urgencia creciente, acompañado de duda en cuanto a qué se debe hacer y cómo. Este panorama ha sido descrito por otros oradores del programa.

Lo que es obvio es que la Iglesia no puede mantener una actitud pasiva frente a tal situación de duda moral y social generalizada. Debiera siempre pronunciarse y actuar, tanto más que la gran mayoría de las personas afectadas por este torbellino son miembros de la Iglesia. El magisterio debe guiar a los fieles en los juicios morales, nuevos y numerosos, que han de pasarse; los fieles deben encargarse conscientemente de estos valores.

La Iglesia en Europa, tanto el magisterio como los fieles, tuvo que enfrentarse a una crisis semejante. La historia de la teología moral ilustra el hecho de que los nuevos problemas de moralidad social —el de la usura y el de la justa remuneración, por ejemplo— fueron reconocidos demasiado lentamente y algunas veces resueltos muy tarde. Lo mismo sucedió con respecto a la acción de los católicos en relación con una concepción más clara de sus obligaciones sociales. De allí resultó, en las palabras del Papa Pío XI, el escándalo del siglo XIX en Europa, a saber, la pérdida de la clase obrera; de allí ha resultado, en las palabras del Papa Paulo VI, la tragedia en este siglo de una Europa que ha alcanzado una nueva expansión económica de grandes proporciones después de dos trágicas guerras, pero con muy poca referencia a los valores espirituales del hombre y de la sociedad.

La Iglesia en la América Latina confronta una crisis de moralidad social más rápida y más aguda. Donde por cuatro siglos la moralidad, el concepto mismo de relaciones sociales, se limitaba al intercambio de tipo familiar "entre tú y yo", se hace necesario proyectar nuestro sentido moral sobre un complejo social nuevo y amplio. La doctrina social de la Iglesia que se ha estado desarrollando desde el Papa León XIII, sobre el fondo de la lucha europea entre el capital y el trabajo, le ha parecido extraña durante muchos años a los católicos de la América Latina. Este ya no es el caso. Realizamos ahora que tenemos el mismo problema que Europa ha tenido y otros también.

La misión primordial del magisterio de la Iglesia en todo tiempo es la de proclamar la Palabra de Dios a todos los hombres. Hoy día en la América Latina nuestra más urgente tarea es probablemente proyectar esa misma Palabra Divina sobre una amplia escala social. La principal contribución de la Iglesia al cambio que se opera en Latinoamérica consiste en la clarificación de los principios de justicia y de caridad que requieren ese cambio y deben también orientarlo. El derecho y el deber de la Iglesia a enseñar en estas materias ha sido abundantemente ilustrado por los textos pertinentes de todos los Papas recientes. Fue el Papa Pío XII, sin embargo, quien más claramente destacó el hecho de que la Iglesia no enseña moralidad social como si ésta se formulara a partir de principios vagos y remotos gracias a un proceso casuístico largo y laborioso. Por lo contrario, ella enfoca al hombre en su contexto total —humano y divino— y habla en defensa de su plena dignidad humana y cristiana. Y es este enfoque el que nos hace favorecer una revolución social cristiana en la América Latina, con miras a una situación de mayor dignidad humana y cristiana para todos.

Una vez más regresamos al concepto de "revolución". El término ha sido empleado con anterioridad en este siglo por los propulsores de la lucha de clases, de odio, de violencia y de subversión. Por ello es probablemente mejor que nosotros hablemos siempre no solamente de revolución, sino de revolución cristiana, de revolución social o de revolución pacífica.

razones amorosas y también a veces económicas. Es trágica la letanía de suicidas entre las muchachas y... los policías. El suicidio en Venezuela merece un estudio sociológico a fondo, que esperamos lo haga alguno de nuestros estudiosos de la Universidad.

"La palabra suicidio —concluye el autor— encierra en sí una equivocación tremenda, un engaño sólo descubierto por el desesperado después del acto de su desesperación. Nadie puede matarse a sí mismo, aunque destruya su cuerpo; porque no tenemos dominio alguno sobre nosotros mismos."

J. M. G.

PAUL CHAUCHARD

"Biología y moral". Editorial Razón y Fe, Zurbano, 80, Madrid, 1964.

Otra de las magníficas obras de la colección antes citada, "Psicología-Medicina-Pastoral". El autor es un conocido científico, experto en el campo de la biología y de las ciencias psicológicas. Gran cristiano y gran científico.

¿Habrà oposición entre la moderna ciencia de la biología y la moral cristiana? Todo lo contrario, puesto que ambas se integran armoniosamente, y ya que el hombre es un ser único, nada más natural que la moral natural, base de la cristiana, y expresión de lo más íntimo del hombre, encuentre en la parte biológica su más decidido apoyo.

El libro es de los que se leen con interés, pues responde a una serie de preguntas vitales que todos los hombres cultos se hacen hoy, y abre perspectivas nuevas. El ansia del hombre de hoy de ser hombre completo y que lo aleja de Dios ¿no es una apostasía del hombre mismo? Los educadores de juventudes, los sacerdotes, y aun los mismos médicos encontrarán en este libro maravilloso material: la moral eterna, como moral de la salud, y el equilibrio humano como moral de la higiene del hombre, la virtud como ínea del desarrollo evolutivo individual y social, la ascética como elemento humanizante, el pecado como mala utilización del cerebro y obstáculo en el proceso de desarrollo del hombre. Un libro de los que ahora, en una época inundada de recetas pseudocientíficas, se necesita y enseña a ser hombre como Dios por la naturaleza lo ha querido y lo quiere para hacerse adultos. Libro más que oportuno también como base de diálogo con tanta gente honesta que no cree en Dios, pero cree en el hombre, y en el que Dios se hace contradictorio por el camino del hombre.

J. M. G.

ORIENTACION MORAL DEL

CINE

PUBLICADA POR EL CENTRO
DE CULTURA FILMICA

1.—TODOS:

EDAD DE PIEDRA (LA)
MARY POPPINS
MY FAIR LADY
VIAJE INCREIBLE

2.—JOVENES:

ALIKI MI AMOR
CAÑONES DE AGOSTO
ESTACION 3, SECRET OSUPREMO
FABULOSO MUNDO DEL CIRCO (EL)
FLECHA APACHE
JUSTICIEROS DEL MAR (LOS)
MACISTE EN LAS MINAS DEL
REY SALOMON
MATASANOS (EL)
MI REVOLVER ES LA LEY
REVISTA M.G.M. DE LA COMEDIA
SEÑOR FOTOGRAFO (EL)
TEXANO (EL)
VALIENTES MUEREN DE PIE (LOS)
VERDUGO DE VENECIA (EL)
VIAJE AL SEPTIMO PLANETA

3.—ADULTOS:

ALMA LLANERA
BARRICADA SILENCIOSA
BUSCATE UNA COLEGIALA
CIELO EN LA TIERRA (EL)
CIRCULO DE LA MUERTE
COMO ASESINAR A SU ESPOSA
DERROTA GLORIOSA
DESAFIO EN TEXAS
ESPIA CON MI CARA
MUSEO SINISTRO (EL)
OPERACION HAREM
SARRACENOS (LOS)

4.—CON INCONVENIENTES, PARA ADULTOS:

CODIGO 7, VICTIMAS 5
DIVORCIO A LA SICILIANA
FRENETICAS (LAS)
IMPLACABLES (LOS)
MATRIMONIO A LA ITALIANA
ROLLS ROYCE AMARILLO (EL)
SEDUCIDA Y ABANDONADA
SEXO Y LA JOVEN SOLTERA (EL)
ZORBA, EL GRIEGO

5.—DESACONSEJABLE:

ALTA INFIDELIDAD
BALCON SOBRE EL INFIERNO (UN)
HORAS DESNUDAS (LAS)

6.—REPROBADA:

COPACABANA PALACE
HABLEMOS DE MUJERES
JAPON EXOTICO
MALAMONDO

Al hacer esto nos liberamos de las más evidentes crueldades del método marxista, y además de algunas de las más sutiles y excesivas simplificaciones que infectan nuestra manera de hablar.

Nosotros no podemos concebir la revolución como un cambio completo, en un sentido absoluto. Para ser efectivo, el cambio debe ser radical, particularmente en cuanto a las nuevas estructuras que busca, pero debe también integrar muchas instituciones y muchos valores del pasado que han de servir todavía. Tampoco podemos caer en la manera fácil —favorable a los que propugnan la violencia— que consiste en prometer el paraíso terrenal para mañana; como si por algún golpe político pudiéramos obtener las nuevas estructuras que nuestra sociedad necesita sin la larga y paciente labor de formación humana y de desarrollo económico necesaria para proveer las infraestructuras. Esto es particularmente peligroso dentro del contexto de una estructura que se caracteriza por la concentración del poder en las altas esferas, como sucede en la América Latina, donde la tentación de acción política inmediata frecuentemente impide la tarea de establecer las infraestructuras. Además, desde un punto de vista teológico, no podemos incurrir en el constante error del revolucionario que habla de un mundo perfecto, el cual nunca se realizará en esta tierra, donde, debido a la limitación humana y a la realidad del pecado, la vida del hombre, individual y colectivamente, será siempre tal como Job la describió, "una lucha" sin fin (Job, VII, 1).

Dado todo esto, realizamos, sin embargo, que el tipo de cambio social que debemos desear para la América Latina no sucederá por sí solo. Debemos trabajar deliberadamente por él.

Esto requiere, como lo hemos indicado, una ideología mucho más explícita de la esperanza cristiana que puede abrigar el hombre en cuanto a esta tierra, en relación con la recompensa eterna y tendiendo hacia ella, y no fundamentalmente opuesta a ella. Los cristianos no podemos aparecer más como hombres que sufren la historia y la dejan suceder, mientras los marxistas pretenden comprender sus leyes y ser sus factores. Ni el marxista, que pretende que la historia procede de acuerdo con leyes determinadas e inexorables, ni el liberal de viejo cuño en materia económica, que pretende canoñizar el egoísmo al afirmar que cada uno debe trabajar para sí y la historia se ocupará de ella misma, ni el uno ni el otro adoptan una concepción responsable de la historia, de acuerdo con la cual progresamos en proporción a nuestro esfuerzo sincero y responsable por un mundo mejor y según nuestra medida humana.

Ningún punto le es más entrañable a la enseñanza social católica que la insistencia en la persona humana como centro y razón del progreso de las cosas y de la sociedad. Ninguna cantidad de planeamiento desde arriba puede conseguir el desarrollo de todo el hombre ni el de la sociedad verdaderamente humana. El Padre Vekemans ha destacado el hecho de que la masa de nuestro pueblo se encuentra atomizada, separada, sin poder, sujeta a la acción del Estado, que cada vez tiende a actuar más y más por ella y directamente sobre ella, porque ella no está formada para la acción y le hacen falta las organizaciones intermedias de la familia, de la comunidad y de la actividad especializada, que debieran canalizar su propio esfuerzo, libre y dinámico, en favor de una mejor existencia. Debemos comprender que durante siglos nuestras masas estuvieron atadas a una estructura aristocrática, estática, que las mantuvo en su lugar, requiriendo poco de ellas. A medida que esta estructura desaparece, innumerables millones se encuentran aislados en el campo o en los tugurios de la ciudad o en la precaria existencia del proletariado. Europa también pasó de estructuras feudales a la democracia. Pero este proceso le tomó siglos y todavía no está terminado. En la América Latina estamos tratando de hacer otro tanto en una generación. La democracia, si ha de ser un gobierno no solamente para el pueblo, sino también de y por el pueblo, requiere ciudadanos respon-

(Pasa a la pág. 283)

EN ROPA HECHA PARA CABALLEROS. — ESQUINA DE LAS GRADILLAS. — TELEF. 81-59-87

sables. No hacemos democracia con sólo darles el derecho de voto a todos los ciudadanos. Nuestras grandes masas pasivas, para nada acostumbres a pensar o a actuar por ellas mismas, o bien venderán su voto a los ricos o bien lo depositarán en favor del demagogo. Nuestras grandes masas pasivas esperan, de una manera demasiado típica, que todo les sea resuelto, ya sea por el Estado o por un líder popular o por la Iglesia. Tenemos por delante una inmensa tarea no solamente de educación, sino también de formación, no solamente en las escuelas, sino también en aprender a trabajar conscientemente en conjunto hacia metas de progreso con libertad —la tarea de ayudar a las masas pasivas a convertirse en responsables ciudadanos individuales. Confrontamos esta tarea en el orden religioso, en el cual el compromiso de nuestros católicos ha de ser cada vez menos el resultado de estructuras que mantienen la fe y cada vez más el resultado de la escogencia personal. Confrontamos la misma tarea en el orden temporal. Ambos órdenes están íntimamente entrelazados.

Así, el deseo intenso de responsabilidad personal y de estructuras intermedias resulta de la visión cristiana del hombre. Por ello el católico debe favorecer cada esfuerzo local que atrae los individuos hacia una acción comunal, formándolos en cuanto a la conciencia de la dignidad y de la responsabilidad de cada uno. Por ello nosotros insistimos que los programas de reforma, nacionales o del tipo "Alianza para el Progreso", deben evitar el error de promover Estados omnipotentes, que podrán asumir el cuidado inmediato de las necesidades materiales, pero nunca formarán al ciudadano activo, responsable y libre, que la democracia requiere. Toda promoción social cristiana debe respetar estos valores.

Más ¿hasta qué punto debe la Iglesia promover en el orden social o temporal? Evidentemente, debemos distinguir. Los cristianos católicos constituyen el grueso de la población de Latinoamérica; y, por consiguiente, sobre ellos recae la responsabilidad mayor por su desarrollo. La Iglesia, como institución, como magisterio, o para hablar escuetamente, la jerarquía de la Iglesia, tiene la responsabilidad de predicar la Palabra de Dios no solamente en su dimensión individual, sino también en su dimensión social. Esto ya lo hemos subrayado. Cabe preguntarse si la Iglesia, como institución, ¿debe también promover directamente programas de mejoramiento económico y social?

Decimos con frecuencia que esto debe hacerse cuando faltan otras fuerzas, privadas o públicas, para la tarea. Esta es la situación común en la América Latina. Dada la falta de estructuras intermedias entre nosotros, en muchas áreas la única fuerza que trabaja, además de la Iglesia, es el Gobierno, el cual gran número de veces está muy alejado, o es muy burocrático, o se encuentra demasiado enmarañado en complicaciones políticas. Muchas veces, además, los programas mismos del Gobierno fallan debido a la sospecha o a la pasividad del pueblo. En muy numerosas ocasiones, si el Obispo o el cura párraco o los grupos católicos locales no dan su apoyo moral, el programa no se lleva a cabo; con frecuencia, también, si no lo promueven directamente, no se realiza.

Cuando la Iglesia, como institución, ejerce una función por falta de estructuras intermedias, se retira del área desde que las estructuras han sido creadas. Este es el ideal, y hay muchos casos en que esto ya se ha hecho.

Pero, además de suplir por otros, la Iglesia debe conducir a su plena dimensión humana y espiritual múltiples esfuerzos en el orden socio-económico. La insistencia en la formación de las personas comprometidas, para que éstas asuman su responsabilidad social, es un buen ejemplo. Hay muchos más. Un enfoque puramente técnico del problema de desarrollo, sin la ideología de los valores humanos, es algo peligroso que puede servir a cualquier fin totalitario.

Selecciones de Críticas de cine

"DIARIO DE UNA CAMARERA"

La rebeldía característica de Luis Buñuel se pone de manifiesto una vez más en "El diario de una camarera". Pero esta vez la acusación es lanzada sin matices extremos ni tonos agudos, por un director que conoce su "metier" y está capacitado para narrar con simplicidad temas que rozan casi siempre los límites del conflicto humano. A través de una doble descripción subjetiva-objetiva, Buñuel confronta a sus personajes en un mosaico de situaciones ambivalentes, que es una de las manifestaciones preferidas de su dialéctica cinematográfica. Esa confrontación, debemos decirlo claramente, se desenvuelve a través de motivaciones y relaciones que están vinculadas a un esquema planteado de antemano y que, ante determinadas circunstancias, simplifican el carácter de las mismas, sin proporcionarles alternativas intermedias. En esta especie de determinismo apriorístico están retratados todos sus personajes, cuya redención personal es vedada de antemano por una presión exterior a la cual Buñuel denomina sociedad. Bajo este punto de vista, debemos convencernos de que sus films asumen una beligerante posición de compromiso, la cual nosotros respetamos, pero que también criticamos por considerarla demasiado simplista. Cuando Buñuel desarrolla la temática individual de sus protagonistas, cae, por lo general, en situaciones donde sus personajes se mueven en torno a la obsesión sexual, válida en el terreno de lo posible, pero falsa cuando está vinculada a un proceso del cual la pretende hacer derivar.

Es innegable que el tratamiento de sus figuras, analizándolas por separado, son dignas de una antología psicopatológica, pero con un gran contenido humano que en ningún momento escapa de la realidad. Aquí se encuentra el valor de Buñuel y el peso de sus personajes. Sin embargo, en "El diario de una camarera" su protagonista principal, Celestine, está muy lejos de ser un carácter anormal. Su frío razonamiento y la confianza en su propia persona la llevan a obtener lo que se había propuesto. Es la imagen de un prototipo que estamos seguros que en toda época ha existido y existirá: la de aquel que no se arredra ante circunstancias imposibles y se vale de lo contin-

gente para alcanzar su cometido. En este papel Jean Moreau se desempeña con una extrema habilidad poniendo de relieve sus excepcionales dotes de actriz. La misura de sus gestos, la armonía de su movimiento y la precisión de su lenguaje, para centralizar en su papel la atención de los demás protagonistas, se cumplen con un gran dominio del medio. Otro tanto se puede decir del chofer, personificado en Jean Gabin, y cuyo rol, el del presunto violador, se cuadra dentro de los típicos personajes buñuelianos.

El argumento describe con acierto y certeza el medio ambiente de una familia de provincia francesa antes de los años 25. Tres puntos fundamentales determinan la estructura del relato: el sentido de un chauvinismo exacerbado, la sordidez pasional de las relaciones rígidas y mantuanas de una determinada sociedad y el carácter político a las cuales se encuentran vinculadas.

El orgullo nacionalista desemboca finalmente en un fascismo preconizado por el chofer. La sordidez pasional culmina en el matrimonio que justifica el cálculo y la frialdad de Celestine; y el chauvinismo expresa el sentimiento decadente de una familia provinciana.

No hay nada de gratuito en el film, ni siquiera la violación de la menor, cuya secuencia nos puede evocar aquella de Bergman en "La fuente de la doncella". Sin embargo, lo que no es gratuito tampoco necesariamente debe comportar un reconocimiento a ojos cerrados. El film es una acusación fría y despiadada, como todo film de Buñuel, quizá sin el dejo de surrealismo con que se ha pretendido calificar otras obras del realizador, pero, eso sí, con un gran dominio del set. Cierta desvinculación en el montaje podría hacernos creer que es una falla en el relato cinematográfico, pero esas simplificaciones de tiempo originan una mayor concisión al desarrollo de la narración. No podemos olvidarnos que de otra manera se pudo haber caído fácilmente en imágenes literarias que hubieran desvirtuado por completo el lenguaje del film.

Santiago Bonomo

"EL ROLLS ROYCE AMARILLO"

Tres historias de seres diferentes enlazadas por un objeto tan singular como un Rolls Royce. La idea utilizada ya anteriormente con medios diferentes en otros filmes cobra nuevo interés debido a lo dispar de las tres situaciones y a la buena interpretación de su elenco. En realidad no

CONCLUSION: PRUEBA DE LA FRATERNIDAD EFECTIVA

El Papa Paulo VI, en su mensaje de Navidad hace un mes, declaró: "Es necesario que la democracia, invocada por la convivencia humana, se abra a una concepción universal que supere los límites y los obstáculos para una efectiva fraternidad."

La fraternidad efectiva está a prueba en el mundo; en las naciones desarrolladas del mundo que todavía no han tenido el corazón que haga posible el tipo de compromiso masivo necesario para ayudar a las naciones hermanas a través de sus crisis hasta que alcancen el mínimo de libertad económica que dé mayor significado a su libertad política. Está a prueba en Latinoamérica, donde una democracia libre y en expansión está con frecuencia sólo comenzando a ser una realidad. El Vice-presidente Humphrey, hablando el año pasado en el Senado, insistía en el hecho de que la atmósfera revolucionaria prevalente en gran parte de la América Latina, "los factores ideológicos son muchas veces tan importantes como los programas puramente económicos" (marzo 21, 1964). Nada puede sustituir a la Iglesia, en su jerarquía y en todos sus miembros, como la fuente principal de fortaleza ideológica en Latinoamérica hoy día. Este ha sido el mensaje fundamental de mi conferencia.

Lo que he dicho es información que traigo a esta reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana. Pero no es todo el sentido del Programa, que es tan amplio como la Iglesia misma. Aquí estamos reunidos Cardenales, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, religiosos, laicos de muchos y muy diversos orígenes y ocupaciones: Nosotros somos la Iglesia. Si la fraternidad efectiva está a prueba en cada uno de nuestras naciones y entre nuestras naciones, somos, sobre todo nosotros los cristianos, discípulos de Aquel cuyo principal mandamiento es amar a nuestro hermano, los que debemos dar orientación y dirección para que nuestras naciones y nuestro mundo pasen la prueba con éxito.

En nuestros tiempos presenciamos la lucha del cristianismo en Africa y en Asia por disociarse de las antiguas políticas coloniales de las naciones europeas. En muchas áreas del Este el cristianismo ha sido fríamente rechazado debido a esta asociación.

En nuestro hemisferio el cristianismo también está a prueba. Los norteamericanos y los latinoamericanos ven el reto diferentemente, pero es el mismo reto: encontrar el sentido de nuestros tiempos en una efectiva fraternidad. Esta es la revolución social fundamental que nosotros debemos aportarles a nuestros tiempos.

En este espíritu podemos trabajar con todos los hombres, como lo destaca el Papa Juan XXIII al fin de su encíclica *Pacem in terris*. "A todos los hombres de alma generosa incumbe, pues", decía el Papa, "la tarea inmensa de restablecer las relaciones de convivencia basándolas en la verdad, en la justicia, en el amor, en la libertad... Tarea ciertamente nobilísima, como que de ella derivaría la verdadera paz conforme al orden establecido por Dios... la paz (que) ha de estar fundada sobre la verdad, construida con las normas de la justicia, vivificada e integrada por la caridad y realizada, en fin, con la libertad."

Ponencia presentada en la Reunión del Programa Católico de Cooperación Interamericana (C.I.C.O.P. - Catholic Interamerican Cooperation Program), que tuvo lugar en Chicago del 25 al 29 de enero de 1965. Publicada en la revista panamericana "Presente" en su entrega de febrero del presente año. Agradecemos al autor su amable autorización a SIC para que se reeditara.